

Memorias que habitan

Memories that live

Recibido: 21 de noviembre de 2018 / Aceptado: 19 de Julio de 2018 / Publicado: 19 de octubre de 2018

Forma de citar este artículo en APA:

Posada Pineda, A. M., Carmona Cardona, C. A., Gutiérrez Medina, M., y Loaiza Cardona, N. (julio-diciembre, 2018). Memorias que habitan. *Poiésis*, (35), 140-156. DOI: <https://doi.org/10.21501/16920945.2968>

Ana María Posada Pineda^{*}, César Andrés Carmona Cardona^{**},
Manuela Gutiérrez Medina^{***} y Natalia Loaiza Cardona^{****}

Resumen

El presente artículo de investigación recoge parte del trabajo realizado durante el año 2017 por el semillero “memoria y resistencia” adscrito a la Universidad Católica Luis Amigó, Centro Regional Manizales. El proceso investigativo giró en torno a la pregunta: ¿cómo habitan en nosotros las memorias y las resistencias del conflicto armado en los municipios de Samaná, Salamina, Riosucio y Manizales, durante el periodo comprendido entre 1990–2016? Investigación cualitativa de índole documental, entendiendo documento como todas aquellas fuentes producidas por la sociedad (escritas, orales, visuales, audiovisuales, entre otras) que permiten estudiar un fenómeno determinado. Durante el proceso investigativo se identifica que *habitar* el conflicto armado varía de acuerdo con el nosotros; es así, como hablaremos desde dos nosotros-victimarios-colectivos artísticos- en los que a su vez aparecen distintas formas de habitar. Para el caso de los Victimarios como recuerdo no simbólico, habitó como lucha ideológica o como mal llamado deber cívico. En cuanto a los colectivos artísticos como resistencia y denuncia.

Palabras clave

Conflicto; Habitar; Memoria.

^{*} Psicóloga, investigadora del semillero Memoria y Resistencia, Universidad Católica Luis Amigó. Correo electrónico: ana.posadapi@amigo.edu.co

^{**} Licenciado en Filosofía, estudiante Psicología, Universidad Católica Luis Amigó, investigador semillero Memoria y Resistencia. Correo electrónico: cesar.carmonaca@amigo.edu.co

^{***} Estudiante Psicología, Universidad Católica Luis Amigó, investigadora semillero Memoria y Resistencia. Correo electrónico: manuelagmpico@gmail.com

^{****} Psicóloga. Psicóloga educativa del proyecto sistema de responsabilidad penal en adolescentes, Universidad Católica Luis Amigó, centro regional Manizales. Investigadora semillero Memoria y Resistencia. Correo electrónico: natalia.loaizaca@amigo.edu.co

Abstract

This research paper gathers a part of the work developed during 2017 by the research group “memory and resistance” attached to Catholic University Luis Amigó, headquarters Manizales. The research process was pointed to the question. How do memories and resistances from armed conflict live in us, in the towns of Samana, Salamina, Riosucio, and Manizales, during the period among 1990-2016? Qualitative research with a documentary character, understanding as a document all of those sources produced by society (written, oral, visual, audiovisual, among others) that allows to study a specific phenomenon. During the researching process, Living gets identified as an experience that varies according to the collective us; that is how, we will address from two different characters of us, victimizers-artistic collectives, as those where different ways of living show up. Regarding the victimizers’ case, it shows up as a non-symbolic memory, lived as ideological struggle and even as a badly called civic duty. Regarding artistic collectives, it shows up as resistance and denounce.

Keywords

Conflict; Living; Memory.

Conflicto armado

Narrar la historia de Colombia implica hablar del conflicto armado, que por más de 50 años se ha vivido; evidenciándose acontecimientos que marcaron el cuerpo de este país y cicatrices que quedaron en cada territorio. La historia ha mostrado como los sonidos de las montañas han sido opacados por el ruido de las balas, de los llantos, de los gritos ensordecedores desde la desesperanza. Creando, por un lado, espacios desoladores que conllevaban al silencio de los habitantes, dejando almas apagadas y decepcionadas e impactando la dignidad humana. Por otro lado, estos mismos espacios permitían crear representaciones sociales que lograban la adaptación o rechazo frente al conflicto.

El grupo de Memoria Histórica GMH en el informe *Basta Ya, Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad* (2013) presentó las cifras de las víctimas de la guerra hasta ese momento, 220 mil muertos entre los años 1958 y 2012, dato que conmueve pues da cuenta de la magnitud que ésta tuvo en términos de lo humano. En dicho informe se indica que “A pesar de su escalofriante magnitud, estos datos son aproximaciones que no dan plena cuenta de lo que realmente pasó” (Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), 2013, p. 20) afirmación que conlleva a un dolor profundo sobre lo que andaba sucediendo en el país.

No basta con la recopilación numérica acerca de quiénes han sido víctimas para dar vida a la historia, pues la comprensión de haber padecido el conflicto no está dada solo por quien lo vivió directamente, sino también por aquellos que no lo vivieron; si bien es cierto cuantitativamente se ha dado cuenta de lo que ha ocurrido, no es la única vía para abarcar todas aquellas interpretaciones de lo vivido, lo visto, lo escuchado; esto es, poner en diálogo los diferentes actores, formas y espacios que permite ampliar la mirada que se ha tenido sobre lo ocurrido.

En el marco investigativo se describe los tipos de violencia que se han suscitado en el conflicto armado; documentando modalidades de violencia como: asesinatos selectivos, masacres, muertes de civiles en acciones bélicas, atentados terroristas, ataques a poblaciones y ataques a bienes civiles. Existen también otras modalidades de violencia como, “el secuestro, la tortura, la desaparición forzada, el desplazamiento forzado, la violencia sexual, las minas antipersonales y el reclutamiento ilícito” (CNMH, 2013, p. 43).

Estas formas de violencia hacen que el conflicto se pueda percibir de diferentes maneras, pues los casos expresados de acuerdo a cada hecho victimizante incide en cómo se habitó tal acción; el dolor referido frente a la violencia vinculada a la desaparición forzada es completamente diferente al dolor referido por los daños causados en términos de amputación por una mina antipersona. Conocer las diferentes acciones criminales es visibilizar la magnitud del conflicto como una problemática social que impacta directamente la historia y la memoria del pueblo.

En cuanto a los partícipes, actores, o seres humanos involucrados en el conflicto armado, se refieren fuerzas insurgentes, ejército nacional, civiles armados, instituciones públicas, grupos de paramilitares, entre otros. Cabe resaltar que no solo los grupos insurgentes que han existido en

este conflicto son los únicos que han expresado la defensa de ideales en combate, también el estado como ente gubernamental ha sido parte de las causas y consecuencias de los hechos victimizantes de este país¹, como omisión o incidencia en aquellas acontecimientos que hicieron que los habitantes sintieran desesperanza frente a las situaciones que estaban viviendo. En muchas ocasiones, el estado, por un lado, no lograba mitigar el fenómeno del conflicto armado, en otras ocasiones fue actor principal de las acciones realizadas por grupos aparentemente al margen de la ley.

Frente a esto, el movimiento nacional de víctimas de crímenes de estado expresa que:

Al finalizar la década de 1970, fueron detenidas y torturadas por militares más de 5.000 personas tan sólo en Bogotá y, según un informe del Ministerio de Defensa, más de 60.000 fueron detenidas por militares durante el primer año de la administración Turbay Ayala. Entre 1965 y 1986 fueron expedidos 42 decretos que facultaban a los tribunales militares para procesar a civiles. Durante la década del 2000, la expansión del paramilitarismo —con su rosario de masacres, violaciones, asesinatos, desapariciones forzadas, desplazamiento interno y despojo de tierras— bajo el auspicio de las Fuerzas Militares y la complicidad de las élites económicas y políticas regionales, consolidó verdaderos Estados locales de las “autodefensas”, como lo han reconocido algunos ex jefes paramilitares (Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, 2013, pp. 11-12).

No solo fueron los crímenes de estado los motivos para dar cuenta de la actuación del gobierno, también su incapacidad para asegurar el bienestar de las comunidades, hechos reflejados en la vulneración de los derechos, promoción de la desigualdad social, fortalecimiento del conflicto, en otras palabras, pérdida del sentido de defensa y cuidado del pueblo colombiano.

Una parte de la realidad social, mostraba a guerrilleros y paramilitares como únicos victimarios en tanto que se desconocía la responsabilidad colectiva que existía entre estos y el estado, es decir, se evidenciaba una partición por acción y omisión del estado colombiano, lo cual influyó considerablemente en las experiencias vividas.

Desde esta perspectiva, se considera que los actores no solo han sido víctimas y victimarios, polarización violenta que se ha percibido a lo largo del tiempo, sino también que existe un nosotros que ha habitado de diversas formas las situaciones dadas en el conflicto armado. Si bien es cierto se ha conocido a las víctimas como principales afectados por el conflicto, es preciso afirmar que toda la población de cierta manera ha estado inmersa o ha sido parte de la historia, por ende, debe existir visibilización de sus relatos y sentires frente a este fenómeno social.

Lo anterior implica conocer los diferentes grupos, personas, instituciones que han hecho parte de la misma historia y que no necesariamente se han conocido sus expresiones frente a lo sucedido durante todo este tiempo, ya que, existen memorias institucionalizadas o hegemónicas que predominan, es por ello que resulta importante conocer cuáles son esas memorias y resistencias vividas en el conflicto manifiestas a través de un nosotros.

¹ Nuestro interés investigativo no está encaminado a la discusión en torno a la culpabilidad.

El Nosotros entonces permite reconocer a las ONGs, grupos de Derechos Humanos, instituciones públicas como alcaldías y/o gobernaciones, población civil, fuerza pública, medios de comunicación, la academia, víctimas y victimarios, políticas, iglesia, colectivos artísticos y alternativos. El nosotros recoge a los ajenos como partícipes, entendiendo ajenos como todos aquellos a quienes el conflicto no tocó de forma explícita y que en su momento no se suscitaron acciones de participación ciudadana que implicara relacionarse con lo que estaba sucediendo.

En este trabajo investigativo se contempla la posibilidad de reconocer en el Nosotros múltiples formas de habitar el conflicto armado colombiano, desde los espacios, creencias, reacciones y manifestaciones; El habitar pudo ser como desconocimiento, dinámica cambiante, como adaptación, resistencia, indiferencia, entre otros. Realmente no teníamos certeza de esto, sin embargo, es desde esta perspectiva que se buscó encontrar las respuestas a la manera ¿Cómo habitan en nosotros las memorias y las resistencias del conflicto armado en los municipios de Samaná, Salamina, Riosucio y Manizales, durante el periodo comprendido entre 1990–2016?

La selección de estos municipios obedece al interés de documentar múltiples perspectivas del territorio Caldense, es así como fueron seleccionados Oriente Caldense (Samaná), centro de la subregión del Norte (Salamina), Alto occidente (Riosucio) y Manizales como capital y ciudad receptora de víctimas del conflicto armado. El conflicto no elige, y no elige porque no existe traba que impida su existencia, no hay estrato, ni raza, ni fuerzas especiales que impidan su continuidad, se ha percibido en casi todos los rincones de Colombia. Es así como se quiere dar voz y reconocer que Caldas también sintió y percibió los horrores de este conflicto y que poco se ha hablado o visibilizado. Nos aventuramos a decir que se ha hablado poco porque al revisar información en torno a lo que ha sucedido en el país, se encuentran memorias institucionalizadas de masacres, pero emblemáticas: en tanto que lo presentado en estos territorios no es tan mencionado o aún requiere mayor reconstrucción de las memorias y las resistencias.

Caldas es un departamento de la región Andina, con aproximadamente 987.991 habitantes; montañoso, rico en fauna y flora, (Gobernación de Caldas) reconocido por sus nevados y por sus atardeceres. Caldas, lugar del café, agua de panela y arepa, lugar donde es acogedor el campo y la ciudad.

Este departamento también fue víctima de las armas, de las injusticias, de la tristeza, del miedo y de la impunidad, según el (Registro Único de Víctimas (RUV), 2017) se han presentado 89.639 víctimas en Caldas, lo que su vez muestra la realidad social que se vive en este departamento; el porcentaje más representativo está en el desplazamiento forzado con un 77%, seguido del Homicidio con un 13.7 %. La amenaza y la desaparición forzada también son violencias con mayor número de víctimas en el territorio caldense (RUV, 2017)

Aun cuando el conflicto armado en Caldas no ha sido tan desplegado en el marco del Conflicto armado interno, hizo parte del mismo y por tanto se permitirá ahondar en la historia a través del Nosotros y sus formas de habitarla. Las memorias y las resistencias en estos municipios de Caldas tienen relación dialéctica, entre ambas se permite reconocer la dinámica variable expuesta en

conocimiento o desconocimiento de lo sucedido, o incluso en el deseo de emancipación del espacio habitado; la memoria posibilita, según Ricoeur (2008), cobrar sentido a aquello que existió y que ya no es, permitiendo encontrar su lealtad, la fidelidad de lo sucedido, y la resistencia.

Palacio y Cifuentes (2005) plantean que:

Los territorios de Caldas se han transformado para incorporar el incremento y el fortalecimiento de los diversos actores del conflicto (guerrilla, paramilitares, autodefensas, milicias, delincuencia común (...), la degradación de la guerra con su capacidad destructiva, el desconocimiento del Derecho Internacional Humanitario, el refinamiento de las estrategias de terrorismo y la bandolerización de la violencia política (p. 64).

Acerca del habitar

El conflicto armado en Caldas ha trastocado la forma de estar con los rostros resultantes de la guerra; Estos habitantes han adoptado formas de relacionarse con esos lugares en su mayoría innotados, codificando interacciones, creencias, valores, principios que han socavado escondites para esas memorias silenciadas, permaneciendo y reclamando un nombre como cuerpo histórico en Colombia.

Dado que la complejidad de dicha pugna ha impactado de incontables formas la capacidad de confiar, hablar y emprender nuevos mecanismos de construcción de lo sucedido, debería preguntarse ¿Cómo habitan esas memorias en nosotros? Para tal caso se empezará reconociendo en ese “nosotros” diversidad de actores que poseen una parte de la historia y al mismo tiempo esos lugares a través de los cuales ha sido habitada.

Habría que decir que un espacio según Certeau, (como se citó en Auge, 2000, p. 45) “es un lugar practicado, un cruce de elementos en movimiento, por tanto un no lugar sería una escenario efímero y enigmático, que se expande y multiplica en el mundo moderno, siendo aparentemente superficial”; a partir de dicha diada se hablará de “habitar” ya que se contemplarán los no lugares como lugares de la memoria, que contrariamente a lo pensado yacen alimentados de contenidos simbólicos, significados y sentidos de todas aquellas transitoriedades.

La experiencia en medio de la guerra trajo consigo una mirada polar y única de su origen: la muerte. Esta dejó lugares inmóviles que encargaron un espacio para la reseña de imágenes pobladas de heridas, situaciones ambiguas, preguntas inconclusas y no respuestas que ocasionaron en los colombianos diversos “habitar” como sociedad.

El día a día de una crónica en la que la muerte había sido ya anunciada de todas las formas posibles, además de un presagio convertido y constituido por poderes que ocultaban y cometían a espaldas los más perversos vejámenes, hicieron que Colombia cerrara un capítulo naturalizándole como destino de llegada. Un céntimo de la verdadera información de lo acontecido fue entregado

a millones de compatriotas a través de los medios de comunicación como los noticieros, novelas, diarios, programas radiales, lo cual ocasionó que su público negara el dolor del otro, convirtiéndole en un evento menos espectacular.

La indiferencia ante una realidad desgarradora se acompañó del abandono estatal y social. Los territorios colombianos afectados significativamente por la guerra se convirtieron en terruños aislados, escenarios no pronunciados y desprotegidos.

Así pues, se fue legitimando la violencia e impunidad como modo de vida, ésta trastocó principios éticos y morales, ya que, las comunidades rutinizaron estas dinámicas haciéndolas parte de su paisaje; se normalizó el silencio, el temor, la presencia de los grupos armados y su opresión, se normalizaron los asesinatos injustificados de líderes comunales y sociales, se habituaron a la vulneración masiva de sus derechos humanos, lo cual fue equivalente a la denigración de la dignidad y el valor de la vida.

Pese a esto, millones de víctimas sobrevivientes a un conflicto armado de más de 50 años empezaron a dejar latente su esfuerzo para hablar de lo sucedido. La necesidad de narrar lo que habían vivido, esa necesidad imperante de reconocerse en lo experimentado por otros empezó a sembrarse como una esperanza, como una puerta de libertad a esas *memorias prohibidas* (Jelin, 2002) que se escondían tras las miradas bajas, tras las evasiones, tras esas líneas abismales de las que habló Boaventura Sousa Santos para referirse a las desigualdades sistemáticas y sedimentadas en sociedades sin equidad y justicia social.

La resistencia se transformó en una forma de habitarse la vida en medio de una realidad tenue, se comenzaron a manifestar acciones de resistencia que enunciaron posibilidades en horizontes presentes y futuros. Las comunidades conformadas por víctimas y demás actores sociales empezaron a darse respuesta a través de manifestaciones artísticas como obras de teatro, cuentos, películas, narrativas que se convirtieron en metáforas para una posible existencia, una sustentada en un largo aliento, en historias alternativas que hoy pretenden hacer ruido en la conciencia de los colombianos.

Es un momento vital para que Colombia se pregunte por los lugares de la memoria, puesto que no se puede hablar de un lugar sin reconocer su espacio habitado, no se puede sentir un territorio sin pertenecer a él, no se puede pedir una mirada crítica, analítica y reflexiva que vaya en busca de otras perspectivas si la diversidad y pluralidad que lo compone no permite que se sirva de su historia para transformarla.

No se puede pensar en lugares de la memoria en los que se emprenden acciones políticas si no hay vinculación comprometida y cercana a la sobrevivencia, puesto que hay un pedido primordial: sembrar en espacios de transición, cambiantes y dinámicos una convivencia con la historia cálida, allegada, dicente. Intenta dilucidar esos nuevos terrenos que a muchas voces son resistencia.

También hay resistencia

Si no nos dejamos tocar por lo que nos rodea no podremos ser solidarios con nada ni nadie, seremos esa expresión escalofriante con que se nombra al ser humano de este tiempo, “átomo capsula”, ese individuo que crea a su alrededor otras tantas capsulas en las que se encierra (Sabato, 2000, p. 8).

El término tratado, desde su etimología, significa: persistir, mantenerse en el puesto, oponerse a una fuerza exterior. Desde las ciencias sociales adquiere mayor significado si se toman estas fuerzas exteriores, como aquellas que tienen injerencia directa en la existencia propia de un individuo o población y afectan de manera sustancial su propio sentido y proyecto de vida, en otras palabras, aquellas que perturban e impelen directamente en la libertad del ser². Una resistencia que es un “revelarse, exponiéndose al traumatismo-decía Levinás-, como el que abre su camisa ante el pelotón de fusilamiento” (como se citó en Dussel, 2011, p. 87)

Es este ser el que resiste, el más “golpeado”, atacado y vituperado, en palabras de Freire, el Oprimido, el marginado por una sociedad, por su condición disímil (económica, política, social), el ser en palabras de Enrique Dussel (2011) entiéndase como la “exterioridad”, aquel que está fuera de las márgenes mal llamadas “normales”, aquellos que están en las periferias, las clases populares. En el caso concreto qué más que las periferias que los campesinos, alejados de la ciudad, marginados por el gobierno nacional (salvaguardando sus derechos fundamentales, manifestado básicamente con la educación, la salud y los servicios públicos básicos) y por la fuerza pública (quienes se supone salvaguardan el cumplimiento de los deberes).

Así pues, afirmar esta exterioridad, este movimiento interno en los pueblos alejados es “realizar lo imposible para el sistema; es realizar lo nuevo, imprevisible para la totalidad, lo que surge desde la libertad incondicionada, revolucionaria innovadora” (Dussel, 2011, p. 240). Siendo estos mecanismos de resistencia los que permitían que los pueblos colombianos, estos ya mencionados, sobrevivieran, extendieran su existencia, lucharan de forma soslayada en su propio conflicto, en sus vivencias subjetivas con lo que acaecía. Como bien lo afirmaría Sábato (2000) “hay una manera de contribuir a la protección de la humanidad, y es no resignarse” (p. 10), esta no resignación es resistencia.

Mecanismos de resistencia

Al estudiar los mecanismos de resistencia utilizada por las personas en medio del conflicto armado, nos unimos a las preguntas formuladas por Cancimance (2015), “¿Cómo hacen las personas para mantenerse vivas en medio de una guerra de la que no hacen parte como combatientes? ¿Qué hacen para sobrevivir a la violencia que recae sobre ellas continuamente?” (p. 29), en luchas en pro no de beneficios económicos, políticos, culturales o sociales, sino en de la supervivencia, aspecto

² Entiéndase en su sentido amplio, no filosófico.

que hace más relevante aún la investigación, donde están en juego factores para la salud física y mental (emocional y afectiva), donde el arraigo a su pueblo, sus tierras y sus pocas o muchas pertenencias, hacen que estén ligados, vinculados y “enraizados”

Al analizar los mecanismos de resistencia de los pueblos en torno al conflicto armado, se evidencian puntos que confluyen en lo que Scott (2000) denominó como la “infrapolítica”, a saber, “gran variedad de formas de resistencia muy discretas que recurren a formas indirectas de expresión” (p. 44), afirmará igualmente como aquellas formas de “insubordinación disfrazada, discreta y oculta” (p. 32) confluyendo en ésta una serie de movimientos internos de una comunidad, en torno a las relaciones de poder, mando y guerra, maneras de afrontamiento que van desde un silencio pasivo (donde se obedecen las indicaciones), hasta un silencio activo (donde se desobedecen indirectamente las órdenes dadas desde alguno de los bandos del conflicto).

Otra de las formas de resistir mencionadas por Cancimance (2015) son actuando de acuerdo al “buen conviviente”, entiéndase como aquella persona que no se involucraba en problemas, sino que establecía un buen comportamiento en las diversas situaciones. Generando así confianza en los diferentes espacios de la vida cotidiana. Y actuando de acuerdo al principio de la neutralidad se inserta en un modelo moral de interacción con el *alter ego*, consistiendo en brindar información al bando que se lo pedía, pero sin establecer alianzas o vínculos, trae consigo la posibilidad de “evitar que fueran involucrados con cualquier grupo armado presente en el lugar” (Scott, 2000, p. 40).

Los anteriormente mencionados son maneras y formas de resistencia no frontal y sutil que utilizaron las personas involucradas en el conflicto, pero hay otras maneras de resistencia que se fueron entretejiendo a lo largo del contexto nacional, formas de resistencia frontal, donde la vida misma se ponía en riesgo, las que se presentan a continuación son extraídas del Informe Basta Ya, del grupo de Memoria Histórica (CNMH, 2013, p. 374), a saber: 1) Las desobediencias y la recuperación de espacios. 2) Los rechazos frontales y las negociaciones 3) Rebeliones y sublevaciones 4) Resistir reconstruyendo memoria: las Iniciativas de Memoria.

Respondiendo de manera amplia la pregunta formulada inicialmente acerca de qué hacen para sobrevivir, la respuesta somera sería: “lo que hacíamos era tomar el riesgo de vivir, con nuestras ganas de subsistir” haciendo de esto un principio existencial, un principio por el que se está de acuerdo a morir, porque sin él sería la misma muerte.

Así habitan las memorias

El arte, los medios de comunicación, pensamientos, justificaciones y pronunciados por algunos victimarios, permitieron dar cuenta de la forma como habitó o habita el conflicto desde 4 municipios del departamento de Caldas.

Nosotros... memorias de los victimarios

*“no me perdono yo de tanto mal que hice”
Karina, excomandante del frente 47 de las FARC*

Memorias difusas, memorias silenciadas y memorias que aún no logran ser sentido de vida, es una constante en búsqueda de aquellos recuerdos que dotarán de sentido el presente de las víctimas, familiares y sociedad colombiana que ha habitado durante más de 50 años este territorio de conflictos armados, guerras de narcotráfico, corrupción política y violencias múltiples. Recorridos diarios por periódico, documentales, piezas audiovisuales o cualquier otro tipo de documento que diera cuenta de las palabras de los victimarios –tanto jefes como subalternos- que tuvieron incidencia en los municipios de Salamina, Riosucio, Manizales y Samaná, han hecho de nuestra indagación un cúmulo de silencios que desborda el ejercicio de la memoria, pero que en dialéctica perfecta ha convocado a las víctimas a múltiples resistencias frente al silencio y el olvido. A continuación, algunas formas como las memorias han habitado en los victimarios

Habita como recuerdo no simbólico

“No quiero seguir siendo más alias ‘Karina’ (El Espectador, 2009). La memoria y el significado del pasado intenta ser olvidado. Karina, la entonces comandante del frente 47 de las Farc, cuyo foco de actividades estuvo en el departamento de Caldas, mediante tomas guerrilleras, secuestros, desapariciones forzadas y asesinatos selectivos; decide en el año 2008, durante el mandato del presidente Álvaro Uribe Vélez desmovilizarse del grupo guerrillero y acogerse al proceso de Justicia y Paz. En la actualidad, esta ex guerrillera, previo a cada una de las entrevistas que realiza ante diferentes medios de comunicación solicita que no sea nombrada como “*Karina*”, que era su alias en la institución guerrillera, sino con su nombre Elda Neyis Mosquera, ya que ella está en un proceso diferente de su vida en el que quiere rehacerla y vincularse a la sociedad.

Ella de forma reiterativa manifiesta que su nuevo rol ante la sociedad es como gestora de Paz y no como jefa guerrillera; en este sentido, el cambio de nombre permitiría el cambio de los imaginarios que la sociedad tiene con relación a ella. Ante esta exigencia cabe preguntarse, cuál es el valor simbólico que puede tener en las Víctimas, quienes recuerda a Karina, como la mujer jefa que desapareció o asesinó a sus seres queridos cuando ella deja de ser Karina, para convertirse en Elda Neyis, una mujer desconocida en los territorios caldenses donde el frente 47 hizo presencia.

La memoria está dotada de simbolismo, objetos, lugares, fragancias, figuras, palabras y nombres del recuerdo. ¿Pueden las Víctimas hacer duelo frente al sin nombre, frente a lo que ya no es nombrarle y exigir verdad a quién no la tiene?

Habitó como lucha ideológica

“Yo ingresé a las FARC, esta defendía los intereses del pueblo colombiano” (Karina). Múltiples testimonios de victimarios convergen en la comprensión del conflicto y la lucha armada, se vivía como un ejercicio ideológico, tendiente a transformar las condiciones de inequidad en la que se encuentra sumergido el país; es decir, no entendían el conflicto armado como una confrontación netamente bélica; sino como una lucha ideológica, de pensamiento que conllevó a la defensa del pueblo y la lucha en contra de condiciones de pobreza, dominio de tierras, entre otras que aqueja a gran parte de la población colombiana.

La lucha ideológica se convierte en el fin y al mismo tiempo en el medio a través del cual se justifican acciones violentas que hicieron parte del conflicto armado en Colombia. Como ya se mencionó anteriormente al frente 47 de las FARC al mando de Karina, recorrió durante muchos años las montañas, trochas, ríos, calles, plazas y veredas de los municipios de Riosucio, Salamina y Samaná, haciendo un doble ejercicio; por un lado pedagogía ideológica, es decir, enseñando a las comunidades la importancia política de su lucha, el origen, las situaciones contextuales que obligaron al surgimiento de las FARC, los ideales políticos y sociales que buscaban y fundamentos conceptuales que forjaron los partidos comunistas del mundo y Latinoamérica. Para muchos guerrilleros, el conflicto armado no era una lucha bélica, era una lucha por la reivindicación de las clases campesinas, obreras y menos favorecidas de la sociedad; el conflicto armado obedecía a una lucha ideológica tendiente a cambiar el tejido social colombiano; era ideología.

Habitó como deber cívico (paramilitares)

En una línea diferente a las antes mencionadas, se encuentra la forma de habitar el conflicto armado que tenían algunos jefes y subalternos de grupos paramilitares. Por ejemplo, Guerreo jefe del Bloqué Cacique Pipintá de las autodefensas; grupo con incidencia en Caldas, hace referencia al deber cívico que tenía de limpiar a la sociedad de cierto tipo de personas que entorpecen o que están en “fango hediondo e inhumano” “entendí lo que es vos populi en el bajo mundo; que el señor alcalde en mención envió un camión, para que recogieran habitantes de la calle (Sector del Río) y los mandó tirar al río Cauca en la vía La Pintada-Manizales “zona de mi injerencia”, al decir en dicha entrevista que los habitantes de la calle están en un fango hediondo e inhumano” (Mendez, 2015).

Algunos jefes paramilitares, entendía su forma de estar en el conflicto y de actuar como una lucha que obedecía a un deber cívico, encaminado a mejorar condiciones de la realidad social, que salen de los esquemas normativos que regulan nuestro país, por ello recurrieron a un “régimen de mal llamada “limpieza social” en la que murieron muchos supuestos indigentes y adictos. Los tentáculos de su “deber cívico” los llevaron a intimidar a comerciantes y dueños de negocios que no aceptaban los intereses del grupo paramilitar” (VerdadAbierta.com, 2017, párr. 19).

Nosotros: los colectivos artísticos

Sierra León y Uribe- Alarcón (como se citó en Villa Gómez, 2017) plantean que: “el arte es una forma de expresión simbólica de situaciones que no pueden ser manifestadas por medio de otros tipos de lenguaje, desarrollando un papel de transformación y denuncia social, sirviendo como forma de resistencia, reparación y memoria” (p. 509). Lo anterior pretende resaltar la importancia que tiene indagar por las acciones que se han implementado desde el arte con el fin de reconocer el conflicto armado en Caldas, específicamente en los municipios Samaná, Salamina, Manizales y Riosucio, desde el año 1990 hasta el 2016, pues como lo afirman los autores, el arte permite expresar a través de un lenguaje simbólico aquello que difícilmente se expresa por la palabra, como lo es en este caso, las secuelas de un conflicto atroz. “Las manifestaciones artísticas, si bien no son expresiones de un proceso que implique acciones jurídicas o responsabilizantes, son escenario de transmisión de sentidos y develación de relatos, manifestaciones de lo no nombrado y lo no dicho” (Villa Gómez, 2017, p. 509).

Pensar el arte desde el conflicto armado remite una noción totalmente distinta a si se indaga el mismo conflicto desde las instituciones judiciales y públicas, puesto que estos últimos incluyen elementos jurídicos, mientras que las expresiones artísticas, ajenas a procesos judiciales contienen elementos como la subjetividad, lo simbólico, relatos expresados públicamente, lo cual permite resaltar que este campo resulta ser igual de importante al campo legal y jurídico, para así obtener un panorama amplio sobre lo que se ha dicho sobre el conflicto armado, lo cual como se ha explicado dentro del marco teórico de la presente investigación, es un objetivo principal para la misma. Un último elemento que se considera importante resaltar es que como lo afirman Diéguez y Uribe- Alarcón (como se citó en Villa Gómez, 2017): Las representaciones artísticas no están solo en manos de quienes se han formado para esta tarea, los artistas, quienes se encargan de hacer una reflexión que se convierte en denuncia, resistencia y memoria; sino también de las comunidades afectadas, que encuentran su forma de tomar voz y hacer memoria. Al indagar por el campo artístico respecto al conflicto armado se piensa desde dos perspectivas: La formal, la cual emerge desde los artistas, quienes a partir de su formación académica y sensibilidad crean manifestaciones de memoria, las cuales pueden ser una canción, un libro, una pintura.

Y la que puede considerarse más informal o popular, “estos escenarios incluyen manifestaciones estéticas, más allá del ‘arte formal’: procedimientos, materiales de carácter colectivo que hacen parte de una intervención más directamente política” (Villa Gómez, 2017, p. 510). Allí el arte es un medio de expresión principalmente para las víctimas del conflicto armado, donde “lo que se busca es acompañar a alguien en su búsqueda de la expresión, dándole plena libertad de ser y ofreciéndole medios para que se exprese lo mejor posible” (Mujeres, 2017, p. 30), en este caso, para expresar las heridas que ha dejado el conflicto, creando un tejido colectivo y un proceso terapéutico donde las personas tienen un papel activo, logrando un reconocimiento público ante la sociedad a través de manifestaciones artísticas, un ejemplo de esto es el proyecto nombrado “La verdad de las mujeres en escena”, el cual es liderado por la Ruta Pacífica de Mujeres, en dicho proyecto se llevó a cabo la creación colectiva de dos obras de teatro como una estrategia integral que además de aportar

a los procesos de sanación en las mujeres desde el arte, contribuyó a la divulgación de la verdad y la memoria de 56 mujeres de las regionales de Cauca y Santander, en colegios, universidades y escenarios públicos (Mujeres, 2017, p. 7)

En la indagación del ámbito artístico que se ha realizado en esta investigación, se encuentra la entrevista realizada personalmente a Carlos³, un joven de 20 que nació en Samaná Caldas, vivió en la cabecera municipal toda su infancia y parte de su juventud, hasta el año 2011. Su padre fue asesinado en el año 1995 en Samaná, Caldas, su tío también fue asesinado a causa de la violencia. Desde donde Carlos recuerda, cuenta que “aproximadamente en el año 2000 empiezan los desplazamientos masivos de los campesinos que se encuentran en los corregimientos y veredas, llegando muchos campesinos desplazados al municipio”. Narra también que había constantes balaceras entre las FARC y los paramilitares, a cualquier hora y en cualquier lugar. Para él, “La violencia le suena como a un juego de canicas” (...) Carlos es desplazado del municipio de Samaná en el año 2011, llegando a la ciudad de Manizales. Es en este momento cuando ingresa a la Universidad, entra a estudiar Artes plásticas porque desde pequeño le gustó dibujar. Al comenzar su carrera, no quería hablar sobre sus vivencias con el conflicto, no sentía estar preparado.

Expresa que “Siempre que hablaba de Samaná era como traer a la memoria todos esos sucesos que me habían pasado... Como que no quería hablar sobre eso, pero yo lo sentía, es que yo tengo que hablar de esto o sino no voy a poder hablar de lo que me pasó (...)” (Carlos, comunicación personal, 23 de septiembre de 2017). En una ocasión, se arriesgó a realizar una pintura de la iglesia de Samaná; sin embargo, no fue capaz de describirlo (...) Lo pintó, pero no habló sobre él. Hubo un choque emocional. “Me contaba a veces tocar la historia y siempre lloraba, ese mismo dolor, esas mismas cosas” (Carlos, comunicación personal, 23 de septiembre de 2017). Posteriormente, en el año 2014 crea un performance, Gómez-Peña y Lucero (como se citó en Villa Gómez, 2017) expresan que en el arte “además de utensilios y materiales utilizados para la creación, también se invoca al cuerpo como instrumento declarativo de denuncia, comunicando un saber social y una memoria compartida; esto es el performance” (p. 509).

El *performance*, una compleja manifestación artística, se caracteriza por utilizar el cuerpo como elemento principal; Carlos crea uno que consiste en: él, vestido con un traje blanco y una cinta negra en la boca, pinta dos cuadros con los pies y las manos: uno es de su padre, el otro del municipio de Samaná, él manifiesta que en las presentaciones actuales hay una modificación: Ya no pinta la imagen de Samaná, sino el lugar donde está. Con el fin de reiterar que, aunque en algunos lugares no sea tan evidente, el conflicto está ahí. Respecto a su padre cambia la forma de pintarlo, los colores, pero siempre es él. Cuando termina, los entrega al público, se quita la cinta y grita: “¡No más silencio!” “El medio es el arte, el final es la catarsis (...) De yo decir esto es mío, pero yo lo tengo que sacar de alguna manera (...)” (Carlos, comunicación personal, 23 de septiembre de 2017) Su primera experiencia presentando este performance fue reconfortante, pues creía que no iba a lograr realizar la presentación, pero lo hizo, sintiendo al final una gran satisfacción, mezclada con un sentimiento nostálgico (...) Calos resalta que ese día fue un éxito, pues además, la gente comprendió el mensaje que él quería transmitir.

³ El nombre de la persona entrevistada fue cambiado para este ejercicio escritural

Su trabajo artístico posterior sobre el conflicto es la réplica de algunos retratos de la galería de la memoria. La galería de la memoria son 90 fotografías de desaparecidos del conflicto armado que una fundación de Samaná (Fundecos) ha ido recopilando a lo largo de varios años. Carlos conoció la galería de la memoria cuando estaba en sexto semestre, cuando vio por primera vez tantas fotografías, incluyendo las de su padre, sintió una profunda tristeza, se impactó bastante “es como sentir todas esas personas al lado de uno... cuando uno se para frente a esa galería siente algo (...) siente que son personas que no están...” sintió la necesidad de hacer un trabajo con esta galería, “Quería replicar la galería para no sentir eso que sentí ese día sino que sentir otras cosas, sentir que bueno sí, ellos no están pero podemos recordarlos de otra forma (...)” (Carlos, comunicación personal, 23 de septiembre de 2017).

Es así como decide pintar algunos retratos en acuarela, pero los pinta con color. Actualmente ha pintado 43 de los 90 retratos. Con cada cuadro se demoraba 1, 2, 3 horas (...) era una conexión entre ellos y él (...) con sus historias (...) Fue algo muy fuerte, soñaba con ellos, no salía de su cuarto porque se la pasaba pintando, al final ya se sentía agotado. La primera exposición fue en Manizales, el día de la exposición sintió que esa carga disminuyó, los retratos ya no eran de él, eran de todos los que lo habían visto. En este punto también cabe resaltar que, en esta ocasión, para Carlos el acto catártico en sí se daba con otros, con el público. La segunda exposición fue en Samaná. Esta fue más fuerte, pues era con personas de su territorio, personas importantes para él. Durante el día de apertura cada cuadro tenía una vela apagada, Carlos prendía la vela del cuadro de su papá y luego cada persona prendía otras velas, tratando de decir

Yo tengo que alimentarlo a él para que viva, si yo no estoy él tampoco (...) Como también eso de la memoria invisible, la memoria tengo que activarla para poder volver a traer (...) O sino no, no la tengo (...)” (Carlos, comunicación personal, 23 de septiembre de 2017).

Respecto a la acogida de la obra con los dos públicos hay dos diferencias: En Manizales la gente no sabía que eran víctimas del conflicto, solo por la descripción de la obra (...) Entonces en este público se genera la inquietud por saber quiénes eran ellos. En Samaná, estaban las dos galerías (...) Una señora le expresó que sentía paz y tranquilidad al mirar los cuadros, contrario a lo que le sentía al ver las fotografías.

En ese momento sentí que como que cumplí lo que quería, porque la idea de pintarlos así era que no se viera ese mismo dolor y esa misma angustia que siente al ver un retrato de alguien que no está y ahí solté las lágrimas y le dije: Gracias, cumplí lo que quería (Carlos, comunicación personal, 23 de septiembre de 2017).

Es algo muy personal cuando yo dije que quería trabajar esto desde mi historia, no desde la historia de los otros, empecé por mi historia. Desde que vi que el arte era ese medio para sacar tanto dolor, supe que eso no podía ser solo para mí, tenía que ser para toda la gente (Carlos, comunicación personal, 23 de septiembre de 2017).

En el mes de junio se llevó a cabo en la ciudad de Manizales un proyecto liderado por Santiago Navia Jaramillo, estudiante de matemáticas de la universidad Davidson College, de Estados Unidos, tras una convocatoria en su Universidad para apoyar económicamente propuestas que promovieran la paz en distintos lugares del mundo, contactó a su primo Enrique Jaramillo, estudiante de trabajo social y quien hace parte del Centro de Estudios sobre Conflicto, Violencia y Convivencia Social (Cedat) de la Universidad de Caldas, para que hicieran una propuesta juntos, la cual fue una de las ganadoras (Layton, 2016). Dicho proyecto consistía en reunir a excombatientes, víctimas de la guerrilla y del mismo Ejército de distintas poblaciones para que guiados por alumnos y profesores de la Universidad de Caldas, y a través de las artes escénicas, plásticas, el teatro, la danza, la música, pudieran expresar y tejer juntos un proceso de reconciliación y de paz, con el fin de aportarle a la creación de la memoria histórica del conflicto (Layton, 2016).

Para los artistas y colectivos artísticos, el arte es una forma de habitar, una forma de resistirse, de hacer catarsis, de narrar e invitar a los ciudadanos para que piensen el conflicto armado desde otras perspectivas. Para Carlos a través del arte el conflicto habita como potencia, como posibilidad de sanar, de hacer pedagogías y de mostrar la fortaleza de las víctimas.

Conclusiones

El conflicto armado en Colombia y en Caldas ha sido habitado de múltiples formas, cada una se corresponde con un nosotros; para el caso de este artículo se presentaron el habitar en el *nosotros victimarios* y el *nosotros colectivos de arte*. Para el caso de los victimarios, su manera de habitar el conflicto era diferente, ya que se dependía del grupo armado al que se pertenecieran. Algunos paramilitares que tuvieron como zona de incidencia Caldas, el conflicto habitó como un deber ciudadano, como una responsabilidad civil a través de la cual contribuían a la sociedad en sus procesos de “depuración” o limpieza social. Por su parte, para miembros del bloque 47 de las Farc, habitó como una lucha ideológica, tendiente a transformar la realidad inequitativa en la que se encuentra el pueblo colombiano. Como una lucha política que a la vez era medio y fin de transformación social.

Al observar los colectivos artísticos nos encontramos con formas de habitar el conflicto desde la resistencia, desde la esperanza y desde la denuncia social como posibilidad de acción política para aportar la construcción de país.

Es así como cada nosotros: fuerza pública, entidades estatales, Víctimas, victimarios, colectivos artísticos, iglesia, medios de comunicación, entre otros, nos permitirán comprender múltiples formas de habitar, que cuando se pongan en diálogo podrán contribuir a la construcción de Memoria Colectiva de Región y de País

Conflicto de intereses

Los autores declaran la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación comercial de cualquier índole. Asimismo, la Universidad Católica Luis Amigó no se hace responsable por el manejo de los derechos de autor que los autores hagan en sus artículos, por tanto, la veracidad y completitud de las citas y referencias son responsabilidad de los autores.

Referencias

- Auge, M. (2000). *Los no lugares, espacios del anonimato*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.
- Cancimance, A. (2015). Vivir en medio del conflicto armado: resistencias cotidianas de colonos-campesinos en Putumayo. *Trabajo Social*, 17, 29-45.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *Basta Yá, Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Cristina, P. M., y Rocio, C. M. (2005). El departamento de Caldas: su configuración como territorio del conflicto armado y desplazamiento forzado. *Trabajo Social*, 99-110.
- Dussel, E. (2011). *Filosofía de la liberación*. México distrito federal: Fondo de Cultura económica.
- El espectador (07 de Mayo de 2009). Alias "Karina" entrega detalles de su paso por la guerrilla. *El espectador* Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo139704-alias-karina-entrega-detalles-de-su-paso-guerrilla>
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Layton, J.D. (05 de Julio de 2016). Buscan la reconciliación a través del arte. *Lapatria.com*. Recuperado de <http://www.lapatria.com/caldas/buscan-la-reconciliacion-traves-del-arte-294330>
- Mendez, M. (23 de octubre de 2015). Carta de un paramilitar I: 'Alberto Guerreño' habla de las elecciones, del Centro democrático de Álvaro Uribe, y de la paz. *Colombia Soberana*. Recuperado de <http://colombiasoberanalavozdelosoprimidos.blogspot.com.co/2015/10/carta-de-un-paramilitar-i-alberto.html>
- Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado. (2013). *Paz sin crímenes de Estado. Memoria y propuesta de las Víctimas*. Bogotá: Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado. Recuperado de <https://www.colectivodeabogados.org/IMG/pdf/libromovice1.pdf>

Mujeres, R. P. (2017). *Corazón, cuerpo y palabra Metodología de la verdad de las mujeres en escena. Aportes desde el teatro para el acompañamiento psicosocial*. Bogotá: Editorial Nuevo Milenio.

Registro Único de Víctimas. (1 de Octubre de 2017). *Unidad de Víctimas*. Recuperado de <https://rni.unidadVictimas.gov.co/RUV>

Ricoeur, P. (2008). *Ort onix argentina*. Recuperado de file:///C:/Users/Ana%20Maria/Downloads/MEMORIA%20para%20campus.pdf

Sabato, E. (2000). *La resistencia*. Buenos Aires: Grupo Planeta Argentina / Seix Barral.

Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Editorial Era.

VerdadAbierta.com. (12 de noviembre de 2008). Las confesiones de Ramón Isaza. Recuperado de <http://www.verdadabierta.com/justicia-y-paz/versiones-seccion/541-las-confesiones-de-ramon-isaza>

Villa Gómez, J. D. (2017). Arte y memoria: expresiones de resistencia y transformaciones subjetivas frente a la violencia política. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 8(2), 502-535. Doi: <https://doi.org/10.21501/22161201.2207>